

Micio no tenía conciencia de lo que le sucedía. Anonadado, casi enloquecido por su dolor, creía que era un desmayo lo que tenía Mimosa, y con entrecortadas palabras rogaba á sus compañeros le ayudaran á trasportar á la enferma á su habitación. Aquellos, transidas sus almas por la amargura, accedieron á aquel pedido, y, todos con infinitos cuidados, bajaron el aún tibio cuerpo de Mimosa á su cuarto, depositándolo con amoroso movimiento en su lecho.

Pronto en el hotel se esparció la noticia de la muerte de Mimosa. Pronto el lecho de la joven, convertido en provisorio ataúd, vióse cubierto de muchas y variadas flores. Fueron estas las que llamaron á la realidad á Micio. Su desconsuelo fué inmenso, uniéndose á este el hondo reproche de su conciencia que sin cesar gritábale culpable. El, sólo él, había causado la muerte prematura de aquel sér que, momentos ántes, reclamaba con lastimero acento el derecho á la vida. Con su egoismo, con su desmedido orgullo, con su ansia loca de un nombre glorioso, no viendo más que á si mismo, había tronchado en plena primavera aquella existencia ansiosa de vida.

Enloquecido por el dolor de su desventura, con un profundo y sincero arrepentimiento, arrojose sobre el rígido cuerpo de la muerta prometiéndola con lastimero acento vivir tan solo para su recuerdo. Y en efecto, su promesa cumplió. Todas las tardes, al declinar el día, á esa hora en que la verde luz del crepúsculo juguetea en Occidente, un hombre enlutado visitaba una tumba del cementerio del Père La Chaise, cubierta de jazmines y mimosas. Era Micio Morgán, el célebre violinista parisien, que después de la muerte de Mimosa, encontraba dulce consuelo en hablar con su amante y regar con sinceras lágrimas la tumba en que dormían aquellos despojos queridos.

Este fué el fin de Odette, á la que todos llamaban Mimosa.